LIBRO dot.com

PROSAS II

LEOPOLDO LUGONES



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

LAS CENIZAS DE HÉRCULES

Cuando la pira de troncos húbose consumido sobre el monte, los vientos apacibles fueron aventando las cenizas del héroe por los ámbitos.

Simiente prodigiosa, de la cual brotarían en el sublime futuro de la virtud viril, Rolando y Lanzarote, y todos los pares de la Tabla Redonda, *y* Carlomagno, pilar del mundo, *y* Pelayo, tremendo en su montaña como un jabalí de las cavernas, y aquel del Corazón de León cuyo heroísmo abrasara dos mundos al fuego de semejante entraña.

Precisamente, para legar al corazón de Alcides, tardaron siglos los vientos. Sus cenizas habían quedado bajo la materia estéril que fuera las costillas enormes, el formidable pecho, los brazos del titán. De estos miembros procedía aquella descendencia.

Un día, el triste Noto llevó también por los aires aquel último resto. Como un fruto de bronce, el corazón hercúleo hablase dividido en dos cascos ligeros y vacíos.

Esas dos costras de ceniza atravesaron al vuelo la Europa, y como atraídas por el magnetismo de la estupenda vida anterior, flotaron l sobre el mar antiguamente abierto al empuje del olimpico paladín, sobre las columnas famosas, entre la tierra de África y los felices huertos hispanos.

Allá un retozo de la brisa separó las parcelas, que fuéronse volando, volando, cayendo, cayendo, hasta dar una en Ávila, la antigua heredad hercúlea, otra sobre la áspera Mancha, en un pobre lugar "de cuyo nombre no quiero acordarme..."

Y fue que allí nació Alonso Quijano el Bueno, último gajo do viniera a cortarse su hermosa flor sin fruto, purpúrea de honra, suave de ternura, olorosa de virtud -la prosapia del Héroe.

¡Ay de mí, sin fruto!

Sin fruto, porque caída la otra mitad de la ceniza generosa en clausurado jardín conventual, don Quijote murió virgen por fidelidad a su quimérica dama, mientras virgen moría en su celda avilesa, por fidelidad a la quimera del amor divino, santa Teresa de Jesús.

ORFEO Y EURÍDICE

Hallo una contradicción, dijo el filósofo, entre la inexorable ley, conforme a la cual ningún mortal volvía del Hades, y el retorno de Eurídice, concedido por el dios infernal a Orfeo, cuando éste lo apiadó con la lira.

-Más aún, confirmó el filósofo, si se considera que la ley del Hades no incumbía al dios, sino al destino cuyo carácter impersonal excluye la compasión.

-El dios fue a la vez piadoso y sutil, enseñó el poeta, y eso se ve en la condición que puso a Orfeo: no volverse para mirar a Eurídice, hasta no haber abandonado el infierno. Pues hallándose realmente enamorado de ella Orfeo, el dios sabía con seguridad que no resistiría al ansia de verla.

EL PODER DE LA ILUSIÓN

Al regreso de cierta comisión olímpica, detúvose Mercurio a descansar en la isla de Nío. Era noche cerrada; y hallándose próximo el dios a una cabaña de pescadores, propúsose,

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

conforme a su índole, atisbar el interior por una rendija.

Hilaban junto al fuego las tres hijas del pescador; y para divertirse, entrecontábanse sus ilusiones.

-Yo, dijo la primogénita que se llamaba Halia, la salada, y que lo era, en efecto, por su gracia picante, yo quisiera casarme con el gran sacerdote de Apolo. Y desbarató la excesiva pretensión en el cristal de una carcajada.

-Yo, repuso la segunda, cuyo nombre era Klymene, la famosa, y que lo merecía por sus magníficos cabellos, quisiera casarme con el joyero que tenga las mejores perlas en el emporio de Corinto. ¡Qué diadema me haría!... Y evaporó el ensueño imposible en las alas de un suspiro.

En cuanto a la pequeña, llamada Phanión, claridad, por la luz de sus ojos azules, afirmó muy seriamente y sin vacilar:

-Yo quiero casarme con el hijo del rey. Como las jóvenes eran hermosas, lo que ponía a Mercurio de buen humor, y como le era simpática la gente de las Cícladas, propúsose colmar, al cabo del año, los deseos de las tres ilusas.

Y cada una recibió la suerte que había esperado.

La mayor casó con el sacristán de Delos, en quien pensaba realmente aquella noche. La segunda, con el dependiente de un perlero, pues tal había sido su verdadera aspiración.

Pero Phanión la pequeña, desposóse con el principe que naufragó al efecto en la costa, y que salvado por ella le pagó así la deuda de la vida -pues a la vida, en efecto, sólo puede pagársela con amor- porque en la perfección de su sinceridad había deseado ser realmente princesa.

LA MUERTE DEL DIABLO

En una mísera posada de Trento moríase un pobre hombre, que desempeñaba el oficio de buhonero y decía llamarse el señor Gaspar. Esto pasaba en 1563; y como la ciudad encontrábase llena de religiosos, con motivo del concilio, no faltó luego confesor para el moribundo.

Acogió éste con dolorida urbanidad al monje dominico que fue, y cuando hubiéronse quedado a solas, no tuvo inconveniente en manifestarle que era el diablo.

Por mucho que el monje no lo creyera, como entre monjes suele acontecer, el nuestro hubo de preguntarle cómo siendo eterno por emanación y substancia, moríase sin embargo.

-¡Ah! -respondió tristemente el señor Gaspar- me muero porque soy inútil. En estos cinco años han pasado cosas decisivas. El concilio ha escrito en nombre de Dios la enciclopedia del mal, agotando el tema; y en Yuste se ha ido con el emperador Carlos V, la última alma cristiana: el último César que se hace monje.

El fraile murmuró:

-Alabado sea Dios, entonces, puesto que triunfa con la muerte de Satanás. -¿Dios... -murmuró el señor Gaspar, con una triste sonrisa- Dios, reverendo padre?... Murió ayer de inanición, en una cueva de mendigos, mientras disputaban sus atributos los teólogos del concilio. Yo le alcancé, reverendo padre, la última sed de agua...

EL ORIGEN DE LA ILUSIÓN

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Un joven salvaje amaba a una doncella que le correspondía. Sin traba ninguna para su afecto, ignoraban la inquietud. Desconocían también la perpetua angustia en que ella ha convertido nuestros amores, y separábanse dichosos después de haberse reunido felices. Una vez separados, ya no volvían a pensar uno ni otro en el objeto de su amor, hasta el momento de volver a reunirse. Su amor era como el hombre y como la sed, es decir que comportaba dos goces. El de saciarse y el de prevenir la saciedad con el olvido. Un amor natural, como el hambre y como la sed. Un amor sin tormento; pues éste proviene de la permanencia del deseo.

Pero sucedió que una vez la joven amó a otro.

El amante abandonado, sintió una gran cólera por aquel despojo: la afección que hoy llamamos injusticia, y que entonces no era sino la protesta del egoísmo. Buscó a su rival y lo mató; pero la joven, aterrada, huyó, sin que pudiera averiguar su paradero. Y el amante tomó otra mujer.

Pasaron los días. El salvaje había ya olvidado su primer amor, y cazaba para su nueva compañera con la misma buena voluntad que para la otra. Cortaba para ella las mismas flores y los mismos frutos. La amaba con la misma serenidad. Su amor era como el hambre y como la sed.

Un día que se había alejado mucho, ojeando un ciervo por los tallares, dio, en cierto claro del bosque, con un rastro de mujer, Su ojo experto no podía equivocarse. Aquel rastro pertenecía a su anterior amada.

El cazador quedóse meditando.

Primero le vino la idea del rastro en esta forma: *éste es su pie.* Después pensó que ella *había pasado* por allí. Diose cuenta de que padecía, peor cerró los ojos sin abandonar el sitio. *Había pasado* por allí... *Era su pie,* a no caber duda.

Y bruscamente arrojó al sitio aquel una mirada anormal.

Acababa de verla, el pie puesto sobre el mismo rastro, los ojos oscuros llenos de pasión, la boca sonriente. El olvido no existía ya para él. Aquella desdicha de ver lo que no existe, se llamaría después ilusión.

LA DEFENSA DE LA ILUSIÓN

Yo sostengo la necesidad de castigar al hereje, formuló el elegante pesimista ante su auditorio de *five o'clock;* y naturalmente, afirmó también que la herejía es un crimen.

Para que una verdad exista -prosiguió- es necesario que se crea en ella. Así la verdad viene a constituir un artículo de fe. Las generaciones que creyeron en el milagro, vivieron en la verdad, tan exactamente como nosotros con nuestras demostraciones.

Que nosotros hayamos rectificado sus creencias, nada importa. Ellas murieron creyendo así. Y para quien muere con la seguridad de una verdad, ésta es, propiamente, la verdad absoluta. El milagro creído es, pues, una verdad, tan completa como el hecho demostrado.

Toda demostración es, en efecto, un caso de conformidad, imperativo por deficiencia de información en el que se conforma.

Y viendo que sus oyentes se aburrían, pues el tedio que cabe detrás de un abanico o de un clac, presupone paisajes mentales no mucho más latos, apoyó sus consideraciones con una

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

historia.

-En cierto episcopado montañés, el obispo era santo. Y como era santo, hacía milagros. Y como hacía milagros, era el médico de los pobres. Además, como no había ricos en la diócesis, el señor obispo era médico de todo el mundo.

Cierta vez, esperábanlo en la aldea más rústica de la comarca, para un caso grave: la joven más hermosa y estimada del lugar, había muerto pocas horas antes de desposarse con el mozo más apuesto y considerado; desgracia singular, que por cierto requería un milagro. De manera que cuando el señor obispo llegó, la aldea entera pidióle que resucitara a la muerta.

Oró el señor obispo con fe sobre aquellos despojos, ante el pueblo congregado para ver el prodigio. Más, pasadas largas horas, el santo alzóse de repente, clamando:

-La falta de fe en uno de vosotros, impide que se efectúe el milagro. Quien quiera que sea, confiese la aflicción de su alma, y la Infinita Misericordia le otorgará el don inefable de creer.

Entonces un viejo buhonero que se había agregado al vecindario por curiosidad, declaró ser él el que no creía.

Ahora bien, como esa falta de fe impedía el milagro; como no era posible vacilar entre un vagabundo desconocido y la preciada doncella que en el féretro yacía; y sobre todo, como quizá el viejo aquel fuese judío y lo callara, el vecindario en masa decidió su muerte. No existiendo allá verdugo, ni teniendo con qué costear uno de la ciudad vecina, ni habiendo quién quisiera mancharse con un homicidio, decidieron entregar el descreído a la activa justicia del fuego.

Así nació la Inquisición, tan democrática y naturalmente, como ahora nace del sufragio universal un diputado socialista...

-¿Y la joven resucitó? -dijo una suave chica rubia, con toda la displicencia de su interés aristocrático.

-La historia no lo dice -respondió el elegante pesimista-, ni tiene tampoco mayor interés esa circunstancia; pues lo que aquellos aldeanos defendían, no era realmente la resurrección de la doncella, sino la ilusión de que podía resucitar.

-Pero hay cierta diferencia -intervino un señor, con moderada ironía de hombre feliz entre la elección de un diputado y el suplicio de un inocente. Los tiempos han cambiado sin duda.

-¿Me permite? -repuso el otro, animándose ligeramente-. Yo creo que no han cambiado, la bomba anarquista, modernísima como el feminismo y como el automóvil, vale la hoguera y tiene el mismo objeto: defender la ilusión, que como han dicho todos los poetas cursis, es el tesoro de los míseros. Por fortuna, nosotros, felices y sabios, no tenemos ilusiones; puesto que es filosófico y "chic" haberlas perdido.

No seremos anarquistas ni veremos resucitar a los muertos...

EL ESPÍRITU DE LA GALANTERÍA

Cortejaba así a la hermosa señora el rendido caballero:
-Señora, dejé de creer en Dios, por culpa de vuestros bellos ojos.
-Ved que ponéis en peligro vuestra salvación.
-¿No estoy, acaso, condenado al infierno de vuestro desdén?
En eso llegaron a un rosal donde una rosa se deshojaba.
Y la señora dijo:

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-¡Quién supiera el verdadero lenguaje de las flores!

-Por vuestro amor, respondió el caballero, yo sabría comprenderlo.

-¿Qué dice, entonces esta rosa al deshojarse?

-Suspira que está muriéndose de dolor, al veros más hermosa que ella.

Hablando así, hallaron un árbol sobre el cual reñían dos halcones. Cubiertos de sangre dieron por fin en tierra, y la dama coqueteó: -¡Quién supiera el lenguaje de los animales!

El caballero fue hasta las dos aves, que una vez separadas por él, echáronse a volar.

Después, regresando hacia la dama;

-Señora, por vuestro amor he podido comprender que los dos pájaros reñían, sosteniendo el uno vuestra hermosura contra vuestra gracia, y el otro vuestra gracia contra vuestra hermosura.

En estas pláticas llegaron ante una hoguera.

-¡Ah, sonrió la dama, quién supiera el lenguaje del fuego!

-Por vuestro amor, señora, respondió el galán, ello no es imposible de ningún modo.

Tomó después de la hoguera una clara brasa con su mano desnuda, y lentamente la aproximó al oído. Luego, dejándola caer con elegancia:

-Señora, el fuego sostiene la necesidad de consumir para alumbrar. Y lo argumenta con el brillo de vuestra hermosura.

Así encontráronse ante un viejo puente, en cuyo extremo opuesto disputaban dos hombres.

¿Qué dirán? -interrogó la dama.

-Señora, por vuestro amor, fácil es adivinar que la fama de vuestros hechizos forma el objeto de su querella.

Pero aquellos hombres, al sentir aproximarse los pasos de la dama y del caballero, habíanse apartado silenciosos. De manera que cuando la gentil pareja cruzó, ambos clamaron a un tiempo:

-¡Por amor de Dios: una limosna para este pobre ciego!...

La dama frunció vagamente las cejas ante esa cruel ironía; mas el galán, sin inmutarse, vació su escarcela repleta de escudos en la esducilla del uno, y puso en la del otro su sortija de diamantes.

-Regia limosna, comentó la dama, para darla por el amor de Dios quien en él no cree.

Y el caballero:

-Señora, entiendo compensarles pobremente, así, la desdicha de no poder admiraros.

EL LIBRE ALBEDRÍO

Mientras Jesús caminaba con la cruz a cuestas por la calle de la Amargura, un hombre, demostrando más saña que los otros, lo escupía. Alguien, reconociéndolo, le dijo:

-Pues qué: ¿no eres tú el baldado de la piscina?

El interpelado respondió:

-Ciertamente; pero yo no he perdido mi libertad de pensar; y como creo que este hombre es perjudicial para mi patria, sacrifico mi gratitud a mi patriotismo.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

LA CULPA SUPREMA

Conducido Jesús ante el consejo de escribas y ancianos que presidía Caifás, no hubo testigos que declarasen en su contra. Apenas un fanático afirmó haberle oído decir que era capaz de destruir y reedificar el templo en tres días. Imputación necia a la cual el reo no se dignó contestar.

Ya iban a absolverlo en la deliberación subsiguiente, cuando uno de los escribas que era a la vez concesionario de las pesquerías en el lago de Genezaret, donde Jesús multiplicó los peces, lanzó contra él una acusación terrible:

-Nadie lo ha visto comprar ni vender, como hacen los hombres honrados.

Era cierto. Jesús no había comprado ni vendido nunca la cosa más insignificante.

-¿Será, entonces, un ladrón? -preguntó alguno.

-No; porque los ladrones venden lo que roban.

-¿Un mendigo vagabundo?

-No; porque los mendigos piden limosna y éste nunca ha pedido.

-¡Cómo! ¡Ni siquiera ha pedido!

-Nunca. Desprecia el dinero. No lo ha tocado jamás.

-¿Jamás?

-En efecto; ni cuando hubo de pagar el censo al César. Mandó a su discípulo Pedro que oblara por él, extrayendo la moneda necesaria de la boca de un pescado de mis pesquerías. Lo cual agrega a su delito, la magia.

-¿Pero qué delito?

-El de no haber jamás comprado ni vendido.

Entonces los ancianos y escribas, meditaron. Un hombre que no compraba ni vendía, no era ciertamente ladrón, ni mendigo, ni cometía delito alguno con ello. Pero no podía ser hombre honrado, porque todos los hombres honrados compran y venden.

Y como no podía ser hombre honrado, condenáronlo al suplicio, volviendo así por el principio de simetría moral, que aquel extraño violaba.

No hubo ningún psiquiatra que lo declarara irresponsable como anormal.

JESÚS Y EL ATEO

Cierta vez que Jesús iba por los caminos, engrosaron su comitiva cuatro transeúntes que se interesaron en las palabras del rabí. Eran arrieros de las sendas, a quienes allegaba esa ingenua confianza que ponen los ignorantes en la suavidad y en la sencillez.

Y habiendo preguntado Jesús al primero si creía en Dios, y cómo apreciaba su potestad sobre los hombres, respondió aquél:

-Creo en Dios, y sé que es infinitamente poderoso, infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente justo. Como es infinitamente poderoso, podrá salvarme por su solo querer, aun cuando sea yo el peor de los hombres, y condenar al más virtuoso, de acuerdo con su voluntad inescrutable. Así, mi actitud ante su omnipotencia, es una absoluta humillación. Y quien no lo crea, será un malvado.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-Tienes de Dios --advirtió Jesús con dulzura- una idea despótica que mal se compadece con tu propia afirmación de que es infinitamente justo. ¿A quién oíste afirmar semejante cosa?

-Al Príncipe de la Sinagoga -respondió el hombre.

El segundo arriero dijo:

-Conforme a la enseñanza de un doctor de la Ley, yo creo que siendo Dios infinitamente sabio, no puede ignorar el mal y que éste es también de origen divino. De consiguiente, tengo derecho para exterminar en nombre de Dios a los herejes y a los impíos. El mal que les cause por la gloria de Dios, será también obra divina.

-Entonces, ¿cómo sería Dios infinitamente bueno? -suspiró Jesús-. ¿La infinita bondad, no excluye, acaso, al mal que la niega?

Y el tercer arriero opinó de esta suerte:

-La evidencia de esas contradicciones es la mejor prueba de mi conclusión, que así reza: la infinita bondad excluye la capacidad del mal. Todo cuanto se hace es bueno, el mal inclusive. No tengo para qué preocuparme de mis acciones. Todas son buenas en Dios. Y quien no lo creyere así, mostrará claramente la maldad de su alma.

-He aquí -dijo el Galileo- una noción de la bondad que excluye por junto a todas las otras. ¿Cómo sería, entonces, Dios, poderoso, sabio y justo? ¿De dónde tomaste tan peregrina idea?

-De mi amo el opulento viñador, que es un letrado saduceo.

El cuarto arriero, que sólo instado se decidió a hablar, dijo con voz tranquila:

-Yo no creo en Dios, rabí; más, por lo mismo, reconozco y respeto el derecho de todos para creer en él como les plazca, y no hallo que ninguna de estas creencias me impida cumplir con todos mis deberes de consideración y misericordia. Dueño cada cual de su concepto divino, ante mi modesta razón todos son iguales en la condición humana.

Como llegaran en eso a la encrucijada donde habían de separarse, Jesús los bendijo.

Y los discípulos preguntaron entonces:

-¿Cómo pudiste, maestro, bendecir al ateo?

-En verdad os digo -replicó Jesús-que vine a este mundo como hijo del hombre, para el bien de los hombres.

Y pareciéndoles a ellos enigmática la respuesta, añadió el Galileo:

-Mientras los tres primeros interpretaban a Dios como teólogos, teniendo sólo en cuenta su bien personal, el otro habló del bien ajeno como un hombre sencillo. ¿Y no os tengo dicho ya que estos hombres serán los bienaventurados?

EL VASO DE ALABASTRO

A ALBERTO GERCHUNOFF

Mr. Richard Neale Skinner, A. I. C. E., F. R. G. S. y F A. S. E., lo cual, como se sabe, quiere decir por extenso y en castellano, socio de la Institución de Ingenieros Civiles, miembros de la Real Sociedad de Geografía y miembro de la Sociedad Anticuaria de Edimburgo, es un ingeniero escocés, jefe de sección en el Ferrocarril de El Cairo a Asuán, donde se encuentran las famosas represas del Nilo, junto a la primera catarata.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Si menciono sus títulos y su empleo es porque se trata de una verdadera presentación; pues Mr. Neale Skinner hállase entre nosotros desde hace una quincena, procedente de Londres, y me viene recomendado por Cunninghame Graham, el grande escritor cuya amistad me honra y obliga.

Mr. Neale, a su vez, me ha pedido esta presentación pública, porque el viernes próximo, a las 17.15, iniciará en un salón del Plaza Hotel, su residencia, algunas conversaciones sobre los últimos descubrimientos relativos a la antigua magia egipcia, y desea evitar que una información exagerada o errónea vaya a presentarlo como un charlatán en busca de sórdidas conveniencias. Sabiendo el descrédito en que han caído tales cosas, adoptará, todavía, la precaución de no invitar sino personas calificadas y que posean algunos conocimientos históricos sobre la materia (bastará con algo de Rawhnson o Maspero): por lo cual los interesados tendrán que dirigirse a él en persona. Mr. Neale habla correctamente el francés.

Nada tan distinto, por lo demás, de esos barbinegros magos cuya manida palidez frecuenta los vestíbulos internacionales, arrastrando la admiración en el énfasis de su lentitud remota. Mr. Neale es rubicundo y jovial, y hasta me parece que algo corto de genio. Cuando fui a pagarle la visita, hallábase, precisamente, alegre como un colegial, por haberse dado en el hotel con un condiscípulo del Marischal College, oriundo también de la sólida Aberdeen, su ciudad natal. Mr. Francis Guthrie, un escocés que por su traje y su pecosa rigurosidad, parecía tallado en el granito del lejano país.

Tampoco hay nada de "oculto" en el viaje de Mr. Neale. Trátase de un prosaico estudio de nuestras maderas fuertes, que la administración ferroviaria egipcia propónese ensayar para el asiento en terrenos pantanosos.

Claro es que a poco de andar, y como nuestro huésped me manifestaba su intención de disertar sobre la magia egipcia, ya estaba yo preguntándole por los últimos descubrimientos que han enriquecido la arqueología con desusada profusión:

-En Egipto, habíame dicho él mismo, todo el mundo es un poco arqueólogo.

Y retomando el hilo de su pensamiento: -La arqueología se vuelve allá una tentación irresistible.

El rumoreo de un joven y animado grupo que cruzaba el *hall*, cortó un momento su palabra.

-Yo tardé bastante, prosiguió, en apasionarme por los descubrimientos. Eso tenía que venir, pero a mí me ocurrió en forma distinta de la habitual.

Era yo un cazador entusiasta, y no ocupaba mis asuetos en otra cosa, cuando cierto día tuve la ocasión de salvar, mediante un tiro certero, a un muchacho egipcio, desertor de la caravana de Sennaar, que bañándose en el río' había caído presa de uno de esos cocodrilos, casi legendarios ya, pero que viven aún más allá de las cataratas: verdaderos monstruos que vale la pena ir a buscar, haciendo algunos centenares de kilómetros.

Aunque salió con su brazo izquierdo casi inutilizado por la terrible mordedura, Mustafá, mi protegido, guardóme aquella inagotable gratitud, característica del musulmán, sobre todo cuando cree deber el favor de la vida; pues, entonces, sólo considera redimida su deuda mediante un favor igual. Exageraba todavía su afección por mí, el hecho de haberlo tomado a mi servicio, para aliviar de tal modo la desgracia de su mutilación.

Fue él quien, de vuelta a mi puesto, que era entonces Esné, la antigua Latópolis de los griegos, despertó mi curiosidad, regalándome dos joyas antiguas, sumamente curiosas: un gavilancito de oro esmaltado y un sello de cornalina, que cifrado con el "onj" jeroglífico, o sea la

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

palabra "vida", es un amuleto de preservación.

Inútil cuanto hice por averiguar la procedencia de aquellos objetos -ciertamente raros entre las chucherías arqueológicas de la explotación habitual- incluso el recuerdo de la ley que castiga el tráfico y la ocultación de antigüedades valiosas. Mustafá se evadía con las exclamaciones árabes de cajón: "¡Quién puede saberlo! Que Allah compadezca mi ignorancia". O bien: "¡Sólo Allah es omnisciente!"...

El caso es que esos "felahs", cruzamiento de árabe y de egipcio, saben y callan muchas cosas, a despecho de la opinión corriente. El sentimiento nacional que parecía dormido en aquellos naturales, acaba de causar a mis compatriotas más de una sorpresa.

Nativo de Esné, que es una de las estaciones de la caravana en la cual se enganchó para ir a caer víctima del cocodrilo, Mustafá es muy experto en excavaciones arqueológicas, pues la mencionada ciudad hállase a unas veintiocho millas tan sólo de la antigua Tebas. Y él, como peón de numerosos exploradores, había hecho, por decirlo así, toda la "carrera".

Desde que, niño aún, conchabábanlo para que animara a los jornaleros, cantando, tal cual los vendimiadores homéricos en la descripción del escudo de Aquiles, hasta que, mayorcito, cargaba las espuertas de escombros, y ya adolescente, manejaba el azadón, su experiencia llegó a ser grande en la materia.

Poseía, lo que es también un don de su raza, el discernimiento de los indicios imperceptibles; pero lo rudo de la tarea y lo mísero del jornal, acabaron por inducirlo a cambiar de trabajo, enganchándose en la caravana, donde tampoco pudo aguantar la faena realmente atroz de camellero. Es un temperamento sensible, de una delicadeza superior a su medio. Así, de doméstico, pasó a ser luego mi ayudante.

Cuando me persuadí de que no averiguaría la procedencia de las joyas, quizá ignorada, en suma, por el propio Mustafá, entré a interrogarlo estrictamente sobre las tumbas faraónicas que han dado tanta notoriedad al famoso Valle de los Reyes, desde el descubrimiento, ya un tanto lejano, del estupendo sepulcro de la reina Hatshepsut. Tras largos rodeos, adquirí la seguridad de que conocía más de un derrotero importante; pero jamás accedió a revelármelos, no obstante la visible aflicción en que lo ponían mis ruegos.

-Te causaría, afirmaba, irreparable daño. Y después, con solemnidad:

-Nunca seas el primero que penetre en las tumbas reales. Ni inquietes con la violación a los guardianes de la entrada. Nadie escapa al enojo de los reyes.

-Sí, sí -dije yo entonces, bromeando-. El conocido cuento de la venganza de la momia.

Con gran sorpresa mía, el jovial Mr. Neale permaneció grave… Miró un momento la ceniza de su cigarro...

-Es que algo hay de cierto -afirmó con sencillez.

-¡Cómo, usted sostendría... -interrumpí, esbozando un vivo movimiento de incredulidad.

-Yo nada sostengo. Narro lo que he visto y nada más -replicó mi interlocutor sin cambiar de tono.

Luego, calmándose con un ademán:

-Juzgará usted mismo. Pero le ruego que me deje proceder con cierto orden. Tengo el hábito de los informes técnicos y fastidiosos -creyó deber añadir con una sonrisa.

Visitando un día con Mustafá el hipogeo de la reina Hatshepsut, donde estudiaba in *situ* la mejor escritura jeroglífica, la clásica, diríamos, que corresponde, para mayor ventaja, a los gloriosos tiempos de la décima octava dinastía, pues no hay libro comparable en claridad, tamaño y color, a esos vastos muros verdaderamente "iluminados" de historia, recordaba a mi ayudante,

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

menos por interesarlo que por complacerme, diciéndomelo a mí mismo, la biografia de aquella soberbia emperatriz, incomparable estrella de su cielo dinástico..

Y con la aproximación quimérica que a través de los siglos sugieren allá las necrópolis intactas, donde han subsistido en la imperturbable serenidad hasta las flores de hace tres mil años, creo que infundí una especie de entusiasmo personal, tal vez de cierto vago amor, a la expresión con que dije:

-Divina reina, heroína y mujer, que vence como un faraón, hasta adquirir el derecho de inmortalizarse con la desnudez viril y la barba de oro de las estatuas triunfales, y al propio tiempo envía una flota que le traiga a su jardín, para envolverse en sahumerios como una deidad, los sicomoros de incienso del País de las Aromas. ¿No es una coquetería realmente imperial esa expedición a la costa turífera de los actuales somalíes, y esa avidez suntuaria con que manda sacar a tanto costo las piedras preciosas, los metales nobles, las maderas finas, el lapislázuli y el marfil; y todavía la construcción de aquella tumba prodigiosa, cuyas galerías de casi doscientas yardas se hunden cerca de noventa en la roca viva de la montaña sepulcral?...

Entonces Mustafá, con un acento y una penetración psicológica que no le conocía, dijo:

-Pones en tus palabras tanta pasión, que te libras indefenso a todas las influencias. Por eso no quiero conducirte a las tumbas reales. Aunque te rías de mí, lo cierto es que los antiguos pusieron "espíritus materiales» para guardar la entrada. Son los vengadores siempre despiertos. Cada cual tiene su modo de ofender, pero todos matan. En poco más de un año que duró la exploración de este sepulcro de la reina, hubo dos suicidios entre los exploradores.

Sólo más adelante comprendería yo aquella expresión que me pareció absurda, de "espíritus materiales", empleada por Mustafá, extraordinariamente locuaz ese día; pero su competencia en excavaciones realzóse ante mí con la insospechada agudeza que acababa de revelarme. Así, cuando algún tiempo después me escribió el secretario de lord Carnarvon, a título de F. A. S. E., para solicitarme ayuda en las exploraciones del hipogeo de Tut-Anj-Amón, que iban a empezar, creí hacerle, en la persona de Mustafá, la mejor recomendación de un buen práctico.

-De modo que usted asistió... -empecé.

-Efectivamente. Debí a esa circunstancia la invitación de asistir a la apertura.

-¿Entonces opina usted que el tan comentado fallecimiento del lord, fue, como se dijo por fantasía, una consecuencia de ese acto?

-Repítole que voy a narrarle lo que pasó y nada más.

Cuando se dio con el hondo pozo que conduce a la puerta de la cámara mortuoria, mi ayudante, a causa de su invalidez, no pudo tomar parte en la extracción de los bloques de piedra que lo obstruían, ni descender como el lord, los invitados y los jornaleros agregados al grupo, en las "cufas" o espuertas egipcias. Estaba pálido, aunque impasible, y sólo creí notar que me señalaba con los ojos a la atención de uno de los jornaleros prontos a iniciar la bajada: hombre maduro ya, pero vigoroso. Luego, acercándose con respeto:

-Olvidabas el talismán, dijo, entregándome el sello de cornalina.

Efectivamente, habíame ocurrido eso al sustituir mi traje habitual por el recio vestido de campaña que es menester adoptar para los descensos, y que constituye una de las torturas de esa angustiosa operación.

Quien no la ha realizado, tampoco puede apreciar lo que significa el deslizamiento, en gran parte al tanteo, por las dilatadas galerías donde el aire confinado durante siglos, el polvo

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

impalpable y la temperatura de horno, prolongan hasta la agonía una desesperante sofocación.

Nada más distinto del maravilloso paseo arqueológico que sugiere al lector la narración del descubrimiento. El descenso del pozo sepulcral es peligroso, además de siniestro. Hay que precaverse mucho de las rozaduras contra los cantos filosos de las paredes, pues bajo el clima de Egipto, la más pequeña herida puede acarrear consecuencias funestas.

Obligado usted a reducir su equipo para deslizarse entre los derrumbes casi infaltables que ha producido por presión y desnivel el paulatino desmoronamiento de la montaña, su reducida caramañola sólo alcanza a disimular la sed provocada por una transpiración excesiva. Pero, lo más atroz, es el recio traje que debe uno conservar para no herirse, y en previsión de la salida con retardo bajo uno de esos bruscos fríos que sobrevienen en los arenales apenas declina el sol: otro de los riesgos peculiares a la comarca. Dijérase que, hundido en la fúnebre excavación, lleva Vd. sobre los hombros todo el peso de la siniestra montaña que vio al entrar, como descolgándose en denso manto de arena sobre las tumbas enterradas a su vez bajo la infinita desolación de aquel Valle de los Reyes.

Pero el prodigio de la tumba descubierta era tal, que hubiera valido, aún, mayores penurias.

No voy a ensayar su descripción, ni a recordar la ilustre comitiva; cosas popularizadas, por lo demás, en todos los "magazines„. Sólo diré que la apertura de las cámaras del moblaje, inmediatamente anteriores a la del sarcófago, fue un deslumbramiento.

Figúrese que ocho meses después no se había acabado de inventariar el contenido en muebles, estatuas, adornos y vajilla. No se recuerda hallazgo más valioso, desde el que se hizo con el hipogeo de la reina Hatshepsut; y ese Tuj-Anj-Amón, su descendiente, resultaba digno, por cierto, de clausurar el victorioso período de aquella décimoctava dinastía, con que los reyes tebanos dieron a Egipto su máximo esplendor hace más de tres mil años. La extenuación de largos meses de tarea, que en los últimos días llegaba a doloroso agotamiento, desvanecióse ante la maravilla casi eterna.

Nunca se agradecerá bastante la munificencia con que lord Carnarvon puso toda su fortuna en tal empeño, costoso como ninguno, además, y el entusiasmo, el esfuerzo, el desinterés con que le sacrificó su propia vida. Pero vuelvo a mi estricta narración.

Llegaba el momento, entre todos solemne, de derribar el último tabique, asaz ligero, por cierto, que nos separaba de la cámara del sarcófago. Es siempre algo lúgubre, y hasta no exento de cierta inquietud esa profanación de tan largo sueño...

Cuando apareció, pues, tras el polvo lentamente desvanecido del postrer azadonazo, en la vaga oscuridad, más bien teñida que alumbrada por los haces eléctricos, la celda ritual con su enorme féretro solitario, fue como si desde su bajo y estrecho ámbito de cueva nos diese en la cara la respiración de la sombra. Algo inmensamente augusto nos sobrecogió.

Pero ya lord Carnarvon transponía esa última puerta. Era su derecho, tan justamente ganado. Dio una rápida vuelta por la cámara mortuoria, inclinóse sobre el sarcófago, sin tocarlo, y salió para dejar paso a las ilustres personas de la comitiva, pues en el estrecho recinto no cabían más de dos.

Entonces noté que del lado de afuera, es decir, donde yo me encontraba, había junto a la puerta dos vasos de alabastro cerrados con tapas cónicas de la misma substancia.

Lord Carnarvon se aceró a uno, movió, instintivamente, sin duda, la cubierta alabatrina, y ésta cedió girando, pues hallábase atornillada con la perfecta maestría de esos trabajos egipcios. Suavemente, sin un crujido, fue desprendiéndose ante nuestros ojos estupefactos.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Más, una sorpresa mucho mayor nos aguardaba:

¡Del vaso destapado exhalóse un vago, pero distinto perfume que refrescó el ambiente!

-Recuerdo haber leído eso con asombro, dije.

-Sin duda, repuso Mr. Neale; y lo mismo lo mencioné en una descripción publicada por la *Monthly Review*. Nadie ignora que Egipto fue el país de la química, ciencia cuyo mismo nombre parece derivar de "Chem" o "Quem", como llamaban los hebreos a la nación egipcia, según se ve por el salmo CV: el de la recapitulación; y la flota de Hatshepsut, nos indica hasta qué punto era grande en su época la importancia de los perfumes.

Con todo, la duración de aquel cuerpo volátil resultaba extraordinaria; o mejor dicho, su cautividad de treinta siglos en una perpetuación casi inmortal. Así se me reveló el motivo de la preferencia que los antiguos griegos y romanos daban a los vasos de alabastro, para guardar perfumes. Recordará Vd. que, en griego, los preciosos vasitos perfumarios llamábanse "alabastros" por antonomasia. Sería una de las tantas cosas que Grecia y Roma aprendieron de Egipto.

Pero más extraña aún que el perfume, fue la frescura que difundió en torno. Digo mal frescura, pues era más bien una especie de frío sutil, semejante al del mentol. El caso es que yo y el lord nos estremecimos bajo esa especie de helada delgadez que se desvaneció como un suspiro instantáneo.

El lord se inclinó y aspiró fuertemente, con su nariz en la boca del vaso.

-Vale la pena, dijo, conservar el recuerdo de tan antiguo perfume.

Hubo en la puerta un ligero atropellamiento que llamó su atención, y yo aproveché la coyuntura para intentar lo propio.

En ese instante el "felah" a quien había hablado Mustafá interpúsose como una sombra, haciéndome con la cabeza y los ojos un enérgico signo de negación.

Por más que dicho acto me asombrara, no le hice caso alguno e insistí. Entonces, arriesgando un ademán de audacia increíble en aquellos tímidos paisanos, asió mi brazo con brusquedad, al paso que murmuraba en árabe, para que sólo yo pudiera oír y entender:

"¡Atórat-el-móut!" ¡El perfume de la muerte!

Entretanto, el lord acababa de tapar nuevamente el vaso.

Cuando, algunas semanas después, pude ver de nuevo ambos recipientes, todo se había desvanecido, y sólo conservaban en el fondo una mancha resinosa, tan tenue, que era imposible analizarla.

Digo algunas semanas después, porque, al salir del hipogeo, el frío del desierto me hizo daño. Caí enfermo como lord Carnarvon, bien que no de gravedad.

Pero habíame impresionado mucho, al abandonar el pozo, una sentencia de Mustafá, que mientras me echaba sobre los hombros previsora manta, díjome por lo bajo, señalando al lord:

-He ahí el que morirá. ¡Que Allah nos proteja!

-¿Cómo lo sabes? increpé con sorda irritación.

-Le he oído el estornudo malo; el estornudo del chacal.

Recordé, en efecto, aquel acceso que también había oído estallar con la sequedad lastimera de un gañido; pero repliqué, menospreciando la superstición:

-Efecto del frío. Otros hemos estornudado también.

-Cierto; pero a ti te rozó apenas el ala fatídica del vengador. Estarás bien dentro de una semana.

Y como luego, en casa, discutiera todavía, reprochándolo con sensatez:

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-Es una fiebre que se explica por el excesivo cansancio, el aire confinado, la tensión nerviosa...

...Mustafá pudo derrotarme una vez más, contestando impasible:

-Al dificultar el acceso de sus tumbas, los antiguos contaban con esa predisposición, que entrega rendidos los violadores a los guardianes de la entrada.

Casualidad o lo que fuere, lord Carnarvon no se levantó. Víctima de una extraña fiebre que no pudo la ciencia dominar, declarásele luego la neumonía cuyos síntomas yo también experimenté, y su fallecimiento malogró una bien útil y generosa existencia.

-Hablase hablado también de cierta infección causada por la picadura de un insecto...

-Sí, al principio, y no sin razón, porque le he dicho lo peligrosas que son las más pequeñas lesiones bajo el clima de Egipto. Este es, en suma, el verdadero áspid de Cleopatra. Pero la neumonía fue, al menos para mí, un desenlace concluyente. Abrigo la convicción de que lord Carnarvon aspiró la muerte en la boca del vaso de alabastro.

Así cobraba sentido la expresión paradójica de Mustafá; pues el perfume mortífero era, en efecto, un "espíritu material", el "vengador" encerrado en los vasos tentadores como un efectivo "guardián de la entrada", "perpetuamente despierto". Nada, pues, de imaginarios demonios o "elementales" maléficos. La sencilla realidad venía a ser mucho más siniestra. ¡Terrible, en efecto, ese último sueño de los faraones cuyo reposo se aseguró para la eternidad, bajo una sentencia impersonal e inexorable como el destino!...

Ab. Neale iba, indudablemente, a proseguir; pero en aquel momento, una arrogante figura femenina cruzó apresurada el "hall", removiendo como un bache de oro en polvo la mancha del sol poniente que caía desde una ventana lateral, con un magnífico tapado de kolinsky a la moda, y dejando esa ráfaga de perfume singular, que anticipa con genuina revelación el primer detalle de una verdadera elegancia.

No habíamos visto el rostro de la desconocida, que avanzando por detrás de nosotros, sólo nos reveló al pasar su gallardía y su perfume; pero mi interlocutor, enderezándose, palideció ligeramente, mientras murmuraba con sorda voz:

"¡Atórat-el-móut! ..."

-Seguíamosla con ansiosa mirada, cuando ya en el pórtico, vímosla cruzarse con el propio Mr. Guthrie, quien la saludó sin detenerse, subió a buen paso la escalinata, y advirtiéndonos casi al punto, dirigióse hacia nosotros. Regresaba del campo de golf, bastante cansado, según dijo al dejarse caer en el profundo sillón vecino.

-¿Tomaron ya ustedes el té? -preguntó enseguida.

Mr. Neale, sin contestar, interrogóle a su vez:

-Francis, permítame, ¿quién es esa señora?

-¿Esa señora?... ¡cuidado, Richard! -intercaló bromeando- ¿esa señora?... La verdad es que no sé gran cosa a su respecto. La conocí hace poco en el "dancing". Parece que es una egipcia bastante misteriosa, mejor dicho bastante equívoca... Una aventurera, quizá... No sé quién me dijo. ¡Cuidado, Richard! -volvió a intercalar riendo cordialmente y arrellanándose en el sillón- que van ya dos hombres que se suicidan por ella.

LA INMIGRACIÓN

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

La vida cómoda, el salario elevado, la facilidad de instalarse en casa propia, adquiriendo de consiguiente la nacionalidad, tornarán apetecible la emigración a nuestro suelo. La inmigración no es un fenómeno excéntrico, sino una función del mercado interno que la determina con su demanda remuneradora y la radica con sus ventajas permanentes. Como el hombre es la principal riqueza, el aumento de la población acarrea el del trabajo, el de la producción y el del consumo; explicándose con ello el bienestar creciente a medida que se puebla el país. Los servicios públicos y privados aumentan en proporción, sin que ocurra lo mismo con sus gastos; lo cual significa que ganan más y pueden compensar mejor el trabajo que necesitan. El mayor consumo, según díjelo ya, rebaja el precio de las mercancías; y la creciente densidad de la agrupación humana, permite asegurar con más facilidad a todos la vida cómoda y barata. Obsérvese, por ejemplo, los tranvías y ómnibus de las grandes ciudades. Cuando la acción atractiva del país sobre el hombre, y la acción productiva de éste sobre el país son recíprocas, la organización económica y social responde a su objeto que es el bienestar común. Detenida la inmigración, o compensada por el regreso, hace ya unos años, quiere decir que desde entonces nuestras cosas no andan bien. El país se puebla y de consiguiente progresa con demasiada lentitud. En la misma Buenos Aires esto último es así, respecto a las otras grandes ciudades del mundo.

Aunque nuestra natalidad mantiene el término medio de treinta y tres mil correspondiente a la fecundidad normal de la especie humana, la Capital, que concentra más de dos millones de habitantes, la proporciona con nueve unidades menos; al paso que el malogro y la mortalidad infantil son grandes en casi todo el interior de la República. Necesitamos atraer inmigración para poblarnos, y así sucederá, si organizamos debidamente el mercado interno.

Esto nos permitirá igualmente la satisfacción de dos condiciones importantísimas: la selección de los elementos que hayamos de incorporar en atención a su eficacia productiva y fecunda, y la determinación correlativa de su raza. No se trata de poblar por poblar. Esto no es politica. La llamada *Ley Johnson,* vigente en los Estados Unidos desde 1924, constituye una enseñanza valiosa si las hay, al ser una expresión del mayor experimento de concurrencia humana que se haya realizado hasta la fecha.

Necesitamos prevenir desde luego la afluencia precipitada y congestiva. Dadas la conformación de la mente y de la conciencia europeas, no menos que la consecuencia natural del hecho mismo, toda inmigración en masa es un movimiento colonizador. El estado de espíritu que reveló la Conferencia de Emigración de Roma, la ley de doble ciudadanía vigente en Alemania e incorporada al actual proyecto de constitución española, así lo comprueban. Pero, todo eso será ineficaz, si sabemos defendernos. Tenemos, pues, que hallarnos habilitados para instalar al inmigrante, difundiendo simultáneamente las condiciones de este plan con abundante publicidad en los países de procedencia, y hasta celebrando acuerdos de carácter económico y policial con los gobiernos respectivos; ya que a todos nos interesa evitar la traslación de gente predestinada a la miseria por desocupación o incapacidad. Dichos acuerdos, sin contar por cierto nuestra propia vigilancia, evitarán también la concurrencia dañina de individuos cuyo carácter antisocial predispónelos a un fácil desplazamiento. En todo delincuente hay un prófugo, como en todo agitador un aventurero; y todo comunista marxista o anárquico, es un expatriado en su propio país. Elementos de descrédito exterior para su patria y de perturbación para la nuestra, es también de interés común impedir su ingreso a esta última. La inmigración proletaria y aventurera,

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

sobrecarga asimismo nuestra población urbana, aumentando artificialmente los elementos sectarios y el servicio doméstico que de ningún modo nos conviene fomentar, porque la condición servil es de suyo parasitaria y deprimente. Tanto, que ella debía constituir impedimento legal para obtener la ciudadanía. La profesión de criado requiere, por otra parte, la esterilidad o el abandono de los hijos; motivos que bastarían para limitar la inmigración servil, formada principalmente por mujeres, es decir por vientres matemos inutilizados de tal modo. El celibato y el fraude conyugal que esa esterilidad profesional impone, son corruptores a su vez. La prostitución de la Capital procede en gran parte del servicio doméstico. Imposible radicar, además, esa población en permanente violencia inhumana. La inmigración puramente colecticia no nos conviene, pues; y a semejanza de todo lo demás tenemos que metodizarla. Elegirla e instalarla bien, para refundirla cuanto antes en la unidad nacional que constituimos.

La capacidad, por decirlo así, digestiva de la nación, es excelente; y por regla general, la primera generación nativa nos pertenece de corazón y de conciencia; pero no es menos cierto también que la bastardía nacional existe y que la heterogeneidad de elementos inmigrados resulta desventajosa. Podemos y debemos, pues, adoptar preferencias, no sólo en lo concerniente a la capacidad económica, salud y estado civil del inmigrante, sino a su carácter étnico, bajo un concepto superior de que nuestro país no es un refugio ni un comedero, sino una asociación de gente concorde. Nadie tiene derecho de hacer caridad con la patria, porque si ésta es de todos, no pertenece a ninguno. La patria llena cumplidamente su misión cuando basta para su pueblo. Su razón de ser es ésta y no otra ninguna. El objeto supremo de la patria es lograr que su pueblo sea feliz y mejor dentro de sí mismo. Su moral consiste en no alcanzarlo a costa del bien ajeno.

Pretender que la patria tenga por huésped a la humanidad, es una paradoja que invierte en el absurdo la relación entre continente y contenido. La humanidad no es una entidad característica y responsable como la patria. No es más que el nombre de una especie. Su constitución, si tal cabe decirlo, está formulada en los derechos del hombre. No es más que eso, ni puede pasar de ahí.

Mas, tales derechos no son políticos ni pueden serlo tampoco, sin negar la patria, que es también una realidad natural además de política. Así, no lo son la residencia ni la ciudadanía. Porque ellas constituyen privilegios nativos o concedidos en cada patria.

Concedidos para bien de la patria y del favorecido, ciertamente; pero ante todo, para bien de aquélla. Por esto, la residencia del extranjero es siempre un estado condicional, y la ciudadanía un honor que se le discierne. Por esto también la facultad de admisión es discrecional y absoluta. Jamás comporta una obligación de la patria, sino consigo misma.

La moral de la patria consiste en no hacer daño a nadie; pero no la obliga a hacer el bien a nadie que no sea hijo suyo. La patria no tiene deberes con la humanidad. Solamente los tiene el hombre. La humanidad no es un conjunto de patrias, porque no es un hecho político, sino, repito, una especie natural. La ideología que confunde estas nociones, es el internacionalismo: una ilusión disparatada y fracasada más de una vez en el transcurso de la historia.

Hacer patria es formar una entidad apta para la vida dichosa y mejorable: vale decir de unidad orgánica permanente por la correspondencia armónica de sus partes. Y no existe anarquía más destructora que el conflicto milenario de las razas.

La República Argentina no es un condominio ni una colonia experimental de ideologías más o menos prestigiosa. Es una posesión de los argentinos, y que solamente los argentinos administran con dicho fin. En buen acuerdo con todos los extranjeros, mientras se pueda, y ojala siempre sea así. Pero jamás bajo capitulación con los inadecuados y los disconformes.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Somos de la raza latina y nos conviene serlo. Desde luego, porque lo somos. Pero, también, porque así pertenecemos a la más noble civilización.

Aquella profunda frase de Sarmiento, según la cual "formamos parte integrante del Imperio Romano" formulaba con precisión genial nuestro verdadero destino.

Tenemos que hacer patria con la gente que nos convenga, no que nos guste por satisfacción sentimental o ideológica. No se puede hacer caridad con la patria ni tampoco filosofía con su destino.

Ni la obra de hacer patria se define sólo por la conveniencia presente. Es también esfuerzo noblemente sacrificado a su porvenir.

EL ORDEN PÚBLICO

Todo lo expuesto hasta aquí revela una carencia general de método en los servicios públicos que ya existen y en la preparación de los que debemos organizar. Ahora bien: todo esto es desorden; vale decir perjuicio común por falta de dirección adecuada, que no puede existir, a su vez, sin el estudio previo de la situación. Por esto han fracasado hasta hoy los remedios tópicos que el gobierno se obstina en ensayar por corazonada o proselitismo. La sobrepuja electoral del partido gobernante con los socialistas ha engendrado el *obrerismo,* desordenando el país entero para favorecer a las masas urbanas donde el extranjero predomina o promedia. Así se ha creado un perjudicial y falso espíritu anticapitalista que es en el fondo envidioso rencor hacia la fortuna lograda, sin cuyo aliciente fracasaremos en un raquitismo de republíquela proletaria. Lejos de propender a la armonía de las fuerzas sociales, "consolidando la paz interior", según el propósito constitucional, el gobierno tomó partido, entrando a proceder por compasión a los pobres. Lo malo está en que eso no obedecía a ningún plan; pero hasta en las instituciones de beneficencia, como un hospital por ejemplo, si la compasión es lo que funda, la competencia es lo que administra. Por otra parte, el gobierno republicano excluye la clasificación entre pobres y ricos, porque las condiciones privadas no le conciernen. Aquel concepto es socialista y apareja la división de la sociedad en clases, antirrepublicana también. Las diferencias de fortuna no cuentan ante el principio de igualdad que exige la misma ley para todos.

De tal suerte, gobernar bajo ese falso criterio, redundará necesariamente en atentado. El primero y esencial consiste en esto: cualquier derecho sin su correspondiente deber, es un privilegio. Poco importa que éste favorezca a los patrones o a los obreros. La igualdad republicana queda abolida en ambos casos. Y es que ni la pobreza ni la fortuna dan derechos. Son consecuencias económicas de la menor o mayor capacidad personal en el dominio económico. Otorgarles privilegios conduce al despotismo en uno y otro caso. Así nos lo enseña el experimento ruso. La dictadura del proletariado repite el monopolio de clase del Estado feudal. Es el reverso de la misma medalla. Por esto el obrerismo compasivo de nuestro gobierno constituye un fracaso económico y legal en toda la línea.

Hay, por • ejemplo, carestía de carne; y como es evidente que ello no se debe a la falta de ganado, el gobierno induce que se trata de una especulación. Lejos de indagar la causa de este atentado social que compromete la base de la pública alimentación, decide abaratar el producto entrando a competir directamente con el comercio respectivo, es decir comerciando a su vez. Fracasa en todas partes, como lo hacía esperar su incapacidad en la materia, y comete a la vez el

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

atentado de la competencia desleal, atropellando inútilmente la libertad de comercio. La carestía alimenticia, que comprende, por lo demás, todos los ramos de la economía doméstica, es consecuencia, entretanto, del patrón de vida demasiado alto en relación a las entradas de la mayoría; de la rigidez bancaria; de la balanza comercial adversa; del transporte inconexo y caro; de la inadecuada tarifa aduanera y del desbarajuste y derroche administrativos.

Igual resultado en la compasiva capitulación con el desorden obrero de los puertos, consecuencia y no causa a su vez. Efectivamente, el agitador y el exportador a quien explota, como éste lo hace con el chacarero apremiado, especulan sobre el abarrotamiento. Éste es consecuencia a su vez del tráfico puramente longitudinal, que resulta una actividad congestiva para los escasos puertos de su acarreo, sin contar las otras muchas causas de recargo: profundidad, diques, muelles, depósitos y vías de circulación insuficientes; reglamentación, hábitos oficiales y comerciales inadecuados...

Trátase de órganos terminales y centralizadores a la vez, es decir constituidos por todas las funciones concurrentes que su gobierno debe armonizar bajo el concepto de la mayor eficacia como servicio público. Cuando, además de esto, son focos de un tráfico parabólico, el implícito permanente riesgo de congestión añade a los susodichos factores uno tan importante como sensible, hasta llegar a ser problema por sí solo. De aquí que los remedios tópicos no basten, imponiéndose, en consecuencia, el estudio metódico del cual ha de salir el sistema previsor y eficaz requerido con urgencia por el progreso del país.

Entonces, cuando el agitador carezca del motivo para desordenar, que es el desorden del sistema portuario, fracasará solo, como todos los especuladores con la susodicha deficiencia, o será de facilísima represión si se obstina en su propaganda. Hostilizar al capitalista es tan disparatado como perseguir al obrero. El trabajo nacional es un organismo que necesita de los dos, y a nadie se le ocurre fortificar o curar un órgano afectado con la mutilación de otro.

Idéntico fracaso del obrerismo en las industrias de Estado. Comparados con los ferrocarriles de la Nación, los particulares mueven, *por empleado,* muchos más pasajeros y cargas; sus salarios son un *veinticinco por ciento más altos, y su* costo un *ocho por ciento menor.* La explotación particular es, pues, más útil al obrero, al capitalista, al pasajero y al cargador. Las otras dos grandes industrias de Estado: el petróleo y la comunicación postal y telegráfica, confirman la regla. En el primer caso, las empresas particulares extraen, *por empleado,* el treinta y siete por ciento *más* que la oficial, exenta de impuestos, sin embargo. En el segundo, la incompetencia, el favoritismo y el exceso de personal, cuestan millones de consuetudinario déficit. Todo ello a causa del obrerismo, que sin calcular jamás costo y rendimiento, viene a constituir una dilapidación sistemática. '

Para consumarla, incluyendo en la operación a las empresas particulares, el Estado impone el salario mínimo y la jornada de ocho horas. Este programa socialista, cuenta con la adhesión y hasta con la iniciativa de los conservadores, quienes, en trance de perdición por agotamiento, proponen también la adopción del sufragio femenino; pues nuestros políticos, cada vez más incapaces de gobernar, no se preocupan sino de sus elecciones. Así, la politica se ha vuelto una empresa de soborno mediante el pillaje sistemático del país, ofrecido a la turba electoral cuyo apetito despiertan aquellos corruptores. Efectivamente, el socialismo es una minoría insignificante y las mujeres nunca han pedido acá derechos politicos. Mientras tanto, la libertad de contratar y la libertad de trabajo han concluido en el país. Se ha sancionado una legislación de naciones sobrepobladas y viejas, resignándonos con anticipación a una falsa miseria, producto efectivo de la incapacidad de gobernar, destemplando la energía del trabajador

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

con el maléfico aliciente de la comensalía de Estado, que no es en realidad sino el fomento de una monstruosa burocracia. Violado así el derecho de propiedad y las libertades antedichas, la constitución queda derogada en otro tanto. Ya volveremos sobre esto. Insistamos un poco más sobre la arbitraria *di*visión del país en clases, para justificar otra falacia: la inferioridad legal de los trabajadores manuales y su consiguiente falso derecho a una legislación especial, que derogando el fundamento mismo del Código Civil en materia de contratos, es una verdadera perversión republicana.

Efectivamente, todo contrato de trabajo consiste, según aquél, en el *libre convenio* de dos personas para que una trabaje al servicio de otra, mediante compensación pagada por ésta, cualquiera que sea el servicio y la situación económica y social de los contratantes. El obrero es, pues, tan capaz de contratar como un patrón; y el Código prescribe todavía, que en caso de no haberse convenido expresamente la retribución, ésta se regulará por los precios corrientes. La fijación del salario mínimo y la limitación de la jornada de trabajo, suprime, pues, la libertad primordial del hombre: aquella que ha determinado, precisamente, la orga*nización* republicana, zapada así por la base en homenaje a la libertad...

¿Qué es, en efecto, la libertad para el hombre civilizado? *Es la facultad reconocida a todo ser humano para procurarse su propio bien, mediante el ejercicio de actividades útiles para él mismo y para los demás.* Pues la sociedad no puede reconocer sin negarse, libertades nocivas a tercero, desde que su constitución tiene por objeto armonizar la actividad de sus miembros, evitando el perjuicio y estimulando el provecho individual y colectivo. Pero el socialismo cuyo objeto es destruir la sociedad presente para reemplazarla por otra de su invención, la ataca en sus cimientos, como es natural; siendo éste el propósito que nuestro obrerismo acepta, al sancionar su legislación de privilegio antirrepublicano. Ya veremos también lo que esto es ante la realidad social y política. Entretanto, recordemos este hecho instructivo si los hay: practicada libertad de trabajo, respetada y practicada lealmente, asegura al obrero de los Estados Unidos mayor salario, jornada progresivamente más breve y mejor vida que en los países con salario mínimo y con jornada de ocho horas.

EL DISCURSO DE AYACUCHO

Señoras, Excelentísimo Señor Presidente de la República, Señores:

Tras el huracán de bronce en que acaban de prorrumpir los clarines de la epopeya, precedidos todavía por la noble trompa de plata con que anticipó la aclamación el más alto espíritu de Colombia,[1]' el Poeta ha dispuesto, dueño y señor de su noche de gloria, que yo cierre, por decirlo así, la marcha, batiendo en el viejo tambor de Maipo, a sincero golpe de corazón, mi ronca retreta.

Válgame eso por disculpa en la inmensa desventaja de semejante comisión, ya que siempre hay algo de marchito en el laurel de la retirada.

Dejadme deciros solamente, señores, que trataré de poner mi tambor al ritmo viril de vuestro entusiasmo; y vosotras, señoras, puesto que estáis aquí para mi consuelo, en la nunca desmentida caridad de vuestros ojos hermosos, permitidme que como quien le pasa una cinta

[1] Don Guillermo Valencia, ilustre escritor y jefe de la embajada extraordinaria de su país.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

argentina por adorno distintivo, solicite, en amable símbolo blanco y azul, el amparo de la gracia y la belleza.

Ilustre Capitán del Verbo y Señor del Ritmo:

Habéis dado de prólogo al Magno Canto lo único que sin duda correspondía: la voz de la tierra en el estruendo del volcán; la voz del aire en el viento de la selva; la rumorosa voz del agua en el borbollón de la catarata.

Así os haré a mi vez el comentario que habéis querido. Os diré el Ayacucho que vemos desde allá, en el fuego que enciende sobre las cumbres cuya palabra habéis sacado a martillazo de oro y hierro, el sol de los Andes; y como tengo por el mejor fruto de una áspera vida el horror de las palabras vanas, procuraré dilucidar el beneficio posible que comporta para los hombres de hoy esa lección de la espada.

Tal cual en tiempo del Inca, cuando por justo homenaje al Hijo del Sol traíanle lo mejor de cada elemento natural las ofrendas de los países, la República Argentina ha enviado al glorioso Perú de Ayacucho todo cuando abarca el señorío de su progreso y de su fuerza.

Y fue, primero, la inolvidable emoción de aquel día, cuando vimos aparecer sobre la perla matinal del cielo limeño al fuerte mozo que llegaba,[2] trayéndose de pasada un jirón de cielo argentino prendido a las alas revibrantes de su avión.

Y fue el cañón argentino del acorazado que entraba,[3] al saludo de los tiros profundos en que parece venir batiendo el corazón de la patria: lento, sombrío, formidable, rayado el casco por la mordedura verde del mar, pero tremolando el saludo del Plata inmenso en la sonreída ondulación del gallardete. Y fueron los militares que llegaban, luciendo el uniforme de los granaderos de San Martín, y encabezados -permiso mi general-4 por la más competente, limpia y joven espada del cothando argentino, por supuesto que sin mengua de ninguna, para traer en homenaje la montaña de los cóndores y la pampa de los jinetes. Y es la inteligencia argentina que va llegando en la persona de sus más eminentes cultores, y que me inviste por encargo de anticipo, que no por mérito, con la representación de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, la Universidad de La Plata, el Círculo Argentino de Inventores, el Círculo de la Prensa, el Conservatorio Nacional de Música, la Asociación de Amigos del Arte, y el Consejo Nacional de Educación que adelanta, así, al Perú el saludo de cuarenta mil maestros.

Y por último, que es mi derecho y el más precioso, porque constituye mi único bien personal, aquel jilguero argentino que en el corazón me canta la canción eternamente joven del entusiasmo y del amor.

Por él me tengo yo sabida como si hubiese estado allá la belleza heroica de Ayacucho.

4EI embajador argentino general Justo, ministro de Guerra.

170

Al son de cuarenta dianas despierta el campo insurgente bajo la claridad de oro y la viva frescura de una mañana de combate. Deslumbra en el campo realista el lujo multicolor de los arreos de parada. En el patriota, el paño azul obscuro uniforma con pobreza monacal la austeridad de la república. Apenas pueden, allá, lucir al sol tal cual par de charreteras; y con su mancha escarlata, provocante el peligro, la esclavina impar de Laurencio Silva, el tremendo lancero negro

[2] El aviador Hilcoat

[3] El «Moreno», a las órdenes del señor comandante Cueto

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

de Colombia.

Mas he aquí que restableciendo por noble inclinación las costumbres de la guerra caballeresca, los oficiales de ambos ejércitos desatan sus espadas y vienen al terreno intermedio para conversar y despedirse antes de dar la batalla. Con que, amigos de otro tiempo y hermanos carnales, que también los hay, abrázanse allá a la vista de los ejércitos, sin disimular sus lágrimas de ternura. Y baja de la montaña Monet, el español arrogante y lujoso, peinada como a tornasol la barba castaña, para prevenir a Córdova el insurrecto que va a empezar el combate.

Aquel choque foral es un modelo de hidalguía y de bravura. Concertado como un torneo, dirigida la victoria con precisión estética por el joven mariscal, elegante y fino a su vez como un estoque, nada hubo más sangriento en toda la guerra: como que, en dos horas, cayó la cuarta parte de los combatientes. Mientras la división de Córdova acomete al son sentimental del ***bambuco,*** el batallón Caracas, esperando su turno, que será terrible, juega bajo las balas los dados de la muerte.

Desprovistos de artillería los patriotas y perdida pronto la realista cuyos cañones del centro domina al salto, como a verdaderos potros de bronce, el sargento Pontón, la batalla no es más que una cuádruple carga de sable, lanza y bayoneta.

Carga de Córdova, el de la célebre voz de mando, que, alta la espada, lánzase a cabeza descubierta, encrespándosele en oro la prosapia de Aquiles al encenderle el sol su pelo bermejo. Carga de Laurencio Silva que harta su lanza en el estrago de ocho escuadrones realistas. Carga de Lara que cierra el cerco de muerte, plantando en el corazón del ejército enemigo el hierro de sus moharras.

Cuando he aquí que la última carga va a decidir la victoria. Son los Húsares Peruanos de Junín, al mando del coronel argentino

Suárez. Y entre ellos, a las órdenes de Bruix, los ochenta últimos Granaderos a Caballo. De los cuatro mil hombres que pasaron los Andes con San Martín, sólo esos quedan. Pintan ya en canas los más: sus sables hállanse reducidos por mitad al rigor de la amoladura que saca filo hasta la guarda Y en ese instante, desde la reserva que así les da la corona del postrer episodio, meten espuela y se vienen. Véanlos cruzar el campo, ganando la punta de su propio torbellino. Ya llegaron, ya están encima. Una rayada, un relámpago, un grito:

¡Viva la Patria!...-y al tajo, volcada en rosas de gloria la última sangre de los soldados del rey.

Esas lágrimas de Ayacucho van a justificar el recuerdo de otras que me atrevo a mencionar, animado por la cordialidad de vuestra acogida.

Y fue que una noche de mis años, allá en mi sierra natal, el adolescente que palidecía sobre el libro donde se narraba el crucero de Grau, veía engrandecérsele el alma con las hazañas del pequeño monitor, embellecidas todavía por la bruma de la desgracia. Y sintiendo venírsele a la garganta un llanto en cuya salumbre parecía rezumar la amargura del mar lejano, derramaba en el seno de las montañas argentinas, sólo ante la noche y las estrellas de la eternidad, lágrimas obscuras lloradas por el *Huáscar.*

Señores: Dejadme procurar que esta hora de emoción no sea inútil. Yo quiero arriesgar también algo que cuesta mucho decir en estos tiempos de paradoja libertaria y de fracasada, bien que audaz ideología.

Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada.

Así como ésta hizo lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora, y es la independencia, hará el orden necesario, implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque ésa es su consecuencia natural, hacia la demagogia o el socialismo. Pero sabemos demasiado lo que hicieron el colectivismo y la paz, del Perú de los Incas y la China de los mandarines.

Pacifismo, colectivismo, democracia, son sinónimos de la misma vacante que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir al hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin la ley, porque ésta, como expresión de potencia, confúndese con su voluntad.

El pacifismo no es más que el culto del miedo, o una añagaza de la conquista roja, que a su vez lo define como un prejuicio burgués. La gloria y la dignidad son hijas gemelas del riesgo; y en el propio descanso del verdadero varón yergue su oreja el león dormido.

La vida completa se define por cuatro verbos de acción: amar, combatir, mandar, enseñar. Pero observad que los tres primeros son otras tantas expresiones de conquista y de fuerza. La vida misma es un estado de fuerza. Y desde 1914 debemos otra vez a la espada esta viril confrontación con la realidad.

En el conflicto de la autoridad con la ley, cada vez más frecuente, porque es un desenlace, el hombre de espada tiene que estar con aquélla. En esto consisten su deber y su sacrificio. El sistema constitucional del siglo XIX está caduco. El ejército es la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica. Sólo la virtud militar realiza en este momento histórico la vida superior que es belleza, esperanza y fuerza.

Habría traicionado, si no lo dijera así, el mandato de las espadas de Ayacucho. Puesto que este centenario, señores míos, celebra la guerra libertadora; la fundación de la patria por el triunfo; la imposición de nuestra voluntad por la fuerza de las armas; la muerte embellecida por aquel arrebato ya divino, que bajo la propia angustia final siente abrirse el alma a la gloria en la heroica desgarradura de un alarido de clarín.

Poeta y hermano de armas en la esperanza y la belleza: ahí está lo que puede hacer.

Déjame solamente decirles a tu Lima y a tu Perú dos palabras finales que me vienen del alma.

Gracias, dulce ciudad de las sonrisas y de las rosas. Laureles rindo a tu fama, que así fueran de oro fino en el parangón de homenaje, y palmas a tu belleza que hizo flaquear -dichoso de él en su propia demisión - al Hombre de los Andes con su estoicismo. ¿Pues quién no sabía por su bien -y por su mal- que ojos de limeña eran para jugarles, no ya el infierno, puesto que en penas lo daban, sino la misma seguridad del Paraíso? En el Blanco de tus nubes veo embanderarse el cielo con los colores de mi Patria, y dilatarse en el tierno azul la caricia de una mirada argentina. Y generosas me ofrecen la perla de la intimidad y el rubí de la constancia, tus sonrisas de amistad y tus rosas de gentileza.

Y tú, nación de Ayacucho, tierra tan argentina por lo franca y por lo hermosa; patria donde no puedo ya sentirme extranjero, Patria mía del Perú: vive tu dicha en la inmortalidad, vive tu esperanza, vive tu gloria.

CRÍTICA DEL SUFRAGIO

En un país republicano, donde, por consiguiente, todos somos pueblo, todos nacemos

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

también con igual derecho a contratar, aprender, debatir, gobernar, de acuerdo por supuesto con las condiciones naturales o adquiridas que posibilitan el ejercicio de cada facultad, y que la ley reconoce para prescribirlas en salvaguardia del orden y el bienestar comunes; pues todo derecho absoluto conviértese en privilegio y con ello en atentado a la igualdad republicana. Así, de acuerdo con el derecho de contratar, disponemos de nuestros bienes y contraemos matrimonio; pero como la experiencia nos ha enseñado que el ejercicio de esa facultad requiere cierto grado de juicio y de experiencia, si ha de resultar favorable al individuo, a la familia y a la sociedad, fija la ley de veintidós años la edad mínima para hacerlo cada cual por cuenta propia, sometiéndolo antes de eso a la tutoría o a la patria potestad. Establece, asimismo, la ley, edades para el ingreso a las enseñanzas que el Estado costea o vigila; y el uso del derecho a propagar ideas, requiere por su parte cierta instrucción para ser eficaz y útil.

Si el ejercicio de esos derechos, principalmente individuales, o en los que predomina el interés privado, corresponde a cierta capacidad cuyo término medio fija la ley, con mayor razón ha de suceder lo propio cuando se trate de dar gobierno al país, o sea dirección competente; no sólo por la importancia superior del asunto, sino porque la decisión del millón de electores que entre nosotros designa gobierno, lleva consigo la suerte de los otros- diez millones de habitantes que junto con ellos componen la Nación entera, o sea, pues, la inmensa mayoría. De esta suerte, la elección es ya un acto representativo: la soberanía del pueblo representado a la soberanía de la Nación que es lo principal y permanente. Todo lo cual encarece, como se ve, la importancia del sufragio.

Ahora bien, nuestra ley electoral sólo pone una condición y una sola: la inscripción del ciudadano en los registros militares. Desde ese momento, es decir desde los dieciocho años, adquiere la más completa capacidad de elegir el gobierno de su patria. Para casarse o para enajenar y adquirir bienes, funciones de importancia social mucho menor, tendrá que esperar cuatro años de madurez y nadie lo considera excesivo. Nadie ignora tampoco que el juicio de nuestros adolescentes no excede ni rebaja el nivel común a la raza blanca; pero existe una desventaja grave, que acentúa la conocida inclinación juvenil a la indisciplina, los juicios absolutos y la admiración extremosa: la carencia de enseñanza secundaria o primaria superior, al menos, para la gran mayoría, y el estado de la que reciben los otros.

La enseñanza secundaria tiene, precisamente, por objeto formar el ciudadano de mediana cultura que es indispensable a la República representativa y a la formación de la conciencia nacional en los países sin tradición ni unidad étnica, como el nuestro. Pues bien: en el inmenso desastre de nuestra instrucción pública, el colegio secundario es lo peor, no sólo por lo disparatado e inseguro de sus planes; la irremediable desorganización de su docencia mediante el sistema uniforme de retribuir la enseñanza por horas como el trabajo manual de los talleres; y la predilección de los aventureros de la cátedra por esas colocaciones donde lo mismo resultan enseñando cuatro horas semanales de gramática más dos de psicología, que cinco de geografía y una de inglés, a medias y al tercio con otros no pocas veces; sino porque debiendo ser dicha enseñanza la más nacional, es la que emplea más profesores extranjeros.

Así, pues, entre los dieciocho y los veintidós años, tenemos cuatro camadas de electores que reciben esa enseñanza o ninguna, para no mencionar, por su exiguo número, a los universitarios cuya anarquía es permanente a su vez. De suerte que no hay país donde más debiera contarse con el reposo de la edad y con la experiencia de la vida. Tenemos, por el contrario, el elector más joven del mundo; y esto en virtud de un absurdo sentimental: si a los dieciocho años se alista ya al ciudadano para la contribución de sangre, cómo no va a dársele derecho a elegir

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

gobierno. Es uno de esos argumentos con apariencia de razón y que carecen de ella por completo. Efectivamente, cuando el desorden o la invasión extranjera amenazan al país, cada ciudadano puesto sobre las armas para defenderlo, se defiende a sí mismo, como sin duda lo haría por cuenta propia, según se ha visto doquiera y siempre, pues en ella le van la vida, los afectos, la seguridad, el bienestar -todo-. El derrotismo es una paradoja nihilista. Llámaselo a ese servicio por su capacidad combatiente y nada más; mientras que la formación del gobierno requiere ante todo capacidad consciente. Determinar la aptitud electoral del ciudadano por la militar es un disparate idéntico al de hacerlo por su peso o por su estatura. Cuando no había acá servicio obligatorio, y en los Estados Unidos donde no lo hay todavía, existió y existe el sufragio universal sin ninguna atinencia con el reclutamiento. Es que la facultad de elegir no corresponde a la carga militar, sino a la contributiva: el que concurre al sostén del Estado con los impuestos que paga, tiene derecho a elegir representantes que fiscalicen y regulen la aplicación de ese dinero. Mas, ya volveremos sobre este punto capital.

Recordemos, ahora, que la amplificación del registro militar en registro cívico, fue una exigencia radical incorporada al sistema electoral que nos rige. La demagogia calculó bien sobre su prestigio entre jóvenes que votan por corazonada, no para constituir el gobierno, sino para darlo como una prenda de equidad a la oposición vociferante contra él. Y de aquí que el radicalismo gobernante cultivara con tanta saña verbal su lenguaje de oposición contra el "régimen". Es la situación en que, desde su punto de vista, vuelve a encontrarse; y no bien pueda, la aprovechará para asumir en la consabida jerga cuya eficacia electoral no puede negarse, el siempre interesante papel de víctima. Sabemos por experiencia que en materia de sobrepuja izquierdista irá más lejos que cualquier otro. Y esto admite una suposición, por lo menos lógica.

El gobierno provisional hará economías por ciento cincuenta millones al menos; y esta rebaja, que a pesar de su magnitud, se halla lejos aún de lo necesario, va a coincidir con la máxima incomodidad de la crisis que padecemos. No cabe duda de que los partidos en progresiva concordancia con aquél, apoyarán esa decisión valiente y honrada. Supongamos que la demagogia depuesta, tentando el lance del perdido, alce entonces la bandera de lo que podríamos llamar el regreso a las cebollas egipcias: reposición de todo el mundo en sus empleos, vuelta al jolgorio burocrático, la predilección por la plebe delincuente y equívoca, el obrerismo confiscatorio; y que con todo eso, a lo cual debieron ya un éxito electoral de catorce años, más la depresión de la crisis, desfavorable a todo gobierno, y la unión que es siempre fruto de la adversidad, el Sr. Yrigoyen, o su grupo, que da lo mismo, salieran ganando la elección. ¿Les entregarían el gobierno? Sin duda, conforme a la legalidad. Pero, ¿y la patria? ¿Y la revolución? Todo habría resultado a mayor gloria de los demagogos. Sería el fiasco más colosal de la historia.

He aquí por qué he dicho tantas veces que la democracia así entendida es el gobierno de la fatalidad. Si la ley electoral hubiese dado buen fruto, no tendríamos derecho a semejantes suposiciones. Pero es que sus dieciséis años de vigencia nos dieron ya tres presidencias radicales sucesivas y varias docenas de no menos detestables gobiernos de provincia, sin que las contadas excepciones en ese lapso, hagan otra cosa que confirmar la regla. No es cuerdo fundar esperanzas sobre una excepción que ni siquiera se repitió en casos como el de Córdoba.

¿Por qué, entonces, no organizar de otro modo el sufragio, empezando con la edad mínima del elector que podría ser la misma de su mayoría civil? ¿No es un evidente absurdo dar al voto de chicos de dieciocho años la representación de la soberanía nacional?... Y lo propio corresponde a la clasificación de los electores. En una república trabajadora, nadie puede sentirse menoscabado por el hecho de hallarse inscrito en su gremio y votar en él la representación de

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

aquella. El derecho de sufragio resulta así correspondiente al deber de producir que es el primero de los deberes sociales, o mejor dicho al deber de trabajar, recobrando su significación originaria. Desaparecerían, pues, de suyo, el político profesional y el parásito, ya fuese este último el rentista haragán o el aprovechador de la debilidad paterna, ya el proletario vagabundo de la taberna o del comité. Entraría a gobernar la verdadera mayoría, que no es capitalista ni proletaria, sino que está formada por el hombre de mediana condición, quien sólo pide a la sociedad justicia y orden. Porque el gobierno es esto, y no promesa fundada en el progreso hipotético de sistemas cuyo fracaso puede, así, prolongarse indefinidamente, comprometiendo, entretanto, según acabamos de verlo, la propia suerte del país.

La representación corporativa o funcional, correspondería a gremios y agrupaciones por oficio o por carrera, mucho más definidos y permanentes que nuestros partidos ocasionales o personalistas: es decir los únicos que hemos conocido hasta hoy. Pues según lo enseña este fenómeno excluyente, nuestra índole es contraria a la formación de otros distintos. De aquel modo, tendrían también representación los habitantes de los territorios cuyos intereses son tan dignos de consideración como los de cualquiera, habiéndolos ya superiores en valor a los de ciertas provincias; y el sistema federal seguiría manteniendo su equilibrio político en el senado.

Sufragio universal, pues, pero condicionado por la experiencia y por el bien de la Nación que es el objeto de toda ley y de toda actividad lícita. Representación, pero del pueblo que ejerce esta actividad, no de la masa amorfa, en la cual valen lo mismo el laborioso y el inútil, el productor y el parásito. Difícil es comprender en qué perjudicaría todo esto a la libertad y a la igualdad republicana: *la noble igualdad* de nuestro himno, que es, ciertamente, la de los buenos y los útiles. Sabemos, en cambio, cuánto mal han causado al país dieciséis años de elecciones bajo un sistema cuya reforma parece impuesta al sentido común por esos mismos resultados. La hipótesis de que ahora serán excelentes, vale al menos tanto como la de que no variarán: a iguales causas idénticos efectos. Pero en este caso, sería de preguntarse otra vez: ¿Y la Patria? ¿Y la revolución?...

EPÍTOME DE PSICOLOGÍA. IV CONSPIRACIONES

También vi a César pasear del brazo de Marco Bruto. "¿Os habéis reconciliado?", exclamé. "Ambos creíamos tener razón", me replicó César sonriendo. "Yo no sabía que aún quedaba un romano, y me creí, por tanto, autorizado a meterme a Roma en el bolsillo; y porque el romano era mi hijo Marco, se creyó autorizado a su vez a quitarme la vida".

ENRIQUE HEINE

El viento, o tal vez algún gato travieso, había hecho la pareja. Tratábase de una antigua chinela de raso, muy vieja, arrojada junto a un pedazo de escoba, muy arruinado. La chinela, a pesar de tener la boca muy cómoda, no hablaba. La escoba había conservado, en cambio, una estridente locuacidad. Yo suelo divertirme bastante con la charla de las cosas viejas: un atorrante alcoholista, un perro flaco, un zapato desvencijado, una escoba luxada, suelen saber causa del cielo y de la tierra que no alcanza nuestra filosofia. Los reyes del género son los plumeros y las medias viejas de las damas. Pero como yo no tenía ni una ni otra de estas dos cosas, hube de

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

contentarme con la chinela y la escoba, reflexionando acertadamente sobre su parentesco respectivo con aquellas dos interesantes personas del mundo de los pingajos.

La escoba tenía la palabra:

-¡El sufragio universal! ¡Bella cosa! Por su culpa empezó mi mala suerte. ¿Crees que yo no sé de ello una palabra? ¡Qué diablos! Para eso he tenido el honor de figurar en los egresos del presupuesto. He sido una escoba municipal. Todas las noches, frías o templadas, ¡a la calle! ¡Y qué calles! Lodo, orines de caballo, estiércoles, papeluchos endiablados que se divertían brincando como demonios, salivas, asquerosidades de todo género. Parece increíble cómo le sudan los pies a la Ciudad. Tú no sabes lo que es eso. Como que siempre has vivido entre tapices. Al fin un día la cosa subió de punto. ¡A barrer el atrio de San Miguel! Allí había tenido lugar una elección aquel día.

¡Válganme todos los penachos de sorgo del Brasil! Aquello era para desolar las tripas de un cerdo. Junto a un culo de vaso, una naranja reventada; más allá una escupida aguardentosa que puteaba aún desaforadamente; sobre una baldosa, manchas de sangre y un abominable olor electoral por todas partes; de allí parece que salen los diputados. Estábamos en pleno altar de la Democracia.

El raso rojo -pues era rojo- de la chinela, comenzaba a decolorarse visiblemente. La escoba se echó a reír:

-¡Ah! pierdes el color... te descomponen...

¡Pues lo mismo me sucedió a mí! ¡No pude resistir semejante cuadro, yo, una escoba! Quise resistir y mi espinazo se quebró en dos, brutalmente oprimido por las manos del barrendero.

Procuré sanar; sané aunque permaneciendo víctima de una acondroplasia... -¡Qué palabrota!

-Es una palabra científica -repuso gravemente la escoba. Y en seguida: -¿Pero tú, cómo has venido a parar aquí?

-¡Ah! ¡Tú no sabes qué terrible es vivir bajo el pie de una gran dama!

-Lo creía delicioso.

-¡Error! Las conveniencias me impiden contártelo todo. ¡Qué horribles cosas he visto! Figúrate que una vez debí estar en manos de un pedicuro.

-¡Peligroso, peligroso!

-Otra vez en las manos espatuladas de un literato.

-¡Hola!

-Sí; escucha. Mi señora había caminado inquieta toda la mañana, golpeándome irritadamente contra el suelo. Varias veces intenté escurrirme de su pie, pero en vano. Por fin llegó la siesta. La inquietud de mi ama subió de punto. ¡No puedo soportar esta chinela!, repetía a cada instante, sacudiéndome con movimientos nerviosos al extremo de su inquieto pie. De repente observé por debajo de la borla de su peinador, que unos pies masculinos se acercaban pausadamente. Se acercaron mucho, hasta rozarme, y yo oí que mi ama suspiraba. Después hubo besos, ¡qué infamia! Aquellos pies no eran los del señor porque éste siempre calzaba botas. De improviso, ambos se pusieron de pie. El desconocido empujaba a mi ama hacia el dormitorio. Mi ama resistía, pero parece que es difícil resistir cuando se calza chinelas y se ha mudado de camisa por la mañana.

-¡Costumbres del gran mundo! -murmuró pensativamente la escoba-. ¡Maldito sea quien piensa mal!

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-Mi ama resistía heroicamente, puedo asegurarlo...

-¡La proximidad del lecho desarrolla el pudor de las damas delicadas!; sofocada por la lucha empezaba a ceder...

-En femenino es ceder; en masculino conceder.

-Uno de los pies de aquel señor vino a posarse aturdidamente sobre mí y fue la catástrofe. Mi ama arrojó un estridente alarido de dolor, cayó hacia atrás y yo me sentí incontinente arrojada por la mano brutal de aquel bárbaro, contra uno de los rincones de la alcoba. Al otro día mi ama, indicándome a la camarera, ordenó con irritado acento: ¡échala fuera! ¡Es una chinela abominable! ¡Oh, cuánto he sufrido!

Como aquel diálogo me interesaba sobremanera, decidí acercarme.

-¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad!, exclamé, sabiendo que estas palabras son el santo y seña de toda especie de canalla.

La escoba saludó.

-¿Se puede? -insinué aventurando una expresión de buena criatura.

-Déjate de cumplimientos, hombre -replicó mi interlocutora.

-Ya veo que ustedes son ahora grandes amigas.

-Sí; nos hemos entendido; en el fondo se trata de una compensación, y esto provoca la alianza de los caracteres.

Yo odiaba formidablemente a las chinelas aristocráticas. Barrer las calles para que ellas no se manchen de inmundicia, me decía; ¡qué infamia! Y ahora vengo a saber que mientras yo las maldecía, ellas se ocupaban por su parte, con todo ahínco, en llenar de callos los importunos pies de sus dueñas.

-¿Y tú qué piensas hacer?

-Acaba de ocurrirme un pensamiento. Me haré oradora. Predicaré la insurrección. Ha llegado el momento de ser libre, diré. ¡No más barrer! ¡Basta de opresión! Yo me iré en manos de cualquier miserable recogedor de estiércol, que no me rechazará, haciendo mi prédica revolucionaria. Tú, compañera chinela, solicitarás, con la seguridad de ser atendida, el pie descalzo de la muchacha vaga que todas las noches viene a satisfacer docenas de miserables a la orilla de esta pared, por tres centavos. ¡Viva la Revolución! ¡Hay que atacar a la burguesía por la base!

Y esto es lo que oí, y lo que en conciencia me obliga a exclamar desinteresadamente:

Señores burgueses: tened cuidado. ¡No olvidéis que las escobas son las cabalgaduras del buen demonio Leonardo!

Señores pies, poneos en guardia. Porque habéis perdido ya la costumbre de andar descalzos como los de Cristo y sus doce apóstoles.

EL DESCUBRIMIENTO DE LA CIRCUNFERENCIA

Clinio Malabar era un loco, cuya locura consistía en no adoptar una estación cualquiera, sentado, de pie o acostado, sin rodearse previamente con un círculo que trazaba con una tiza.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Llevaba siempre una tiza consigo, que reemplazaba con un carbón cuando sus compañeros de manicomio se la sustraían, y con un palo si se hallaba en un sitio sin embaldosar.

Dos o tres veces, mientras conversaba distraído, habíanle empujado fuera de su círculo; pero debieron de acabar con la broma, bajo prohibición expresa del director, pues cuando aquello sucedía, el loco se enfermaba gravemente.

Fuera de esto, era un individuo apacible, que conservaba con suma discreción y hasta reía piadosamente de su locura, sin dejar, eso sí, de vigilar con avizor disimulo, su círculo protector.

He aquí cómo llegó a producirse la manía de Clinio Malabar:

Era geómetra, aunque más bien por lecturas que por práctica. Pensaba mucho sobre los axiomas y hasta llegó a componer un soneto muy malo sobre el postulado de Euclides; pero antes de concluirlo, se dio cuenta de que el tema era ridículo y comprendió la maldad de la pieza, apenas se lo advirtió un amigo.

La locura le vino, pensando sobre la naturaleza de la línea. Llegó fácilmente a la convicción de que la línea era el infinito, pues como nada hay que pueda contenerla en su desarrollo, es susceptible de prolongarse sin fin.

O en otros términos: como la línea es una sucesión de puntos matemáticos y éstos son entidades abstractas, nada hay que límite aquélla, ni nada que detenga su desarrollo. Desde el momento en que un punto se mueve en el espacio, engendrando una línea, no hay razón alguna para que se detenga, puesto que nada lo puede detener. La línea no tiene, entonces, otro límite que ella misma, y es así como vino a descubrirse la circunferencia.

Tan pronto como Clinio realizó este descubrimiento, comprendió que la circunferencia era la razón misma del ser, realizando, también simultáneamente, este otro descubrimiento: que la muerte anula el ser, cuando éste ha perdido el concepto de la circunferencia.

Así explicaba el médico interno, el caso de Clinio Malabar.

Éste sostenía aun un complemento de su idea. Todo ser, decía, es una convicción matemática. Para la inmensa mayoría, ésta consiste en la unidad, o sea la evidencia abstracta de la línea limitada por sí misma. Esto, que es un puro instinto, pues viene por transmisión hereditaria, sin necesidad alguna de formularse, no mortifica naturalmente. Los seres "unitativos" mueren por la acción correlativa de la finalidad, que adoptan cuando son incapaces de concebir la perfección de la circunferencia; por que una circunferencia perfecta no tiene fin, y la muerte carece entonces de razón.

Los que comprenden el problema, muy pocos, necesitan vigilar su circunferencia. Es lo que hacía Clinio Malabar como hemos visto.

Proponíase, en esta forma, ser inmortal; y es tan poderosa la sugestión, decía el médico interno, que en veinte años de manicomio aquel sujeto no había presentado el más leve signo de vejez.

Caminaba lo menos posible, con el objeto de no permanecer "ilimitado", y dormía en el suelo. Todos se habían acostumbrado ya a respetar su manía.

Pero cierta vez, ingresó a la clinica un nuevo practicante, a quien chocó aquello extraordinariamente.

Empezó a hostilizar al loco, sin que éste se ofendiera. Sólo cuando intentaba borrarle su circunferencia, daba gritos tales, que era necesario suspender la operación. Desde aquel día, el loco empezó a descubrir en todos los parajes ocultos de las oficinas y de los patios, círculos de repuesto para usarlos en un caso de apuro.

Una noche, el practicante se propuso salirse con la suya, pues como buen aficionado del

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

manicomio, era a su vez un poco maniático; y mientras el loco dormía borró cuidadosamente su circunferencia. Algunos locos, puestos al tanto de su travesura, buscaron y borraron a su vez las circunferencias de repuesto.

Clinio Malabar no se levantó. Había muerto, al desvanecerse su limitación geométrica.

El incidente hizo algún ruido, si bien no se le dio la ulterioridad judicial que reclamaba, en homenaje al decoro profesional; pero los locos quedaron tan impresionados, que desde ese día empezaron a oír por todas partes la voz de Clinio Malabar.

Por la noche habló más de dos minutos debajo de una cama; a poco se hizo oír en varios puntos de la huerta. Los locos sabían algo, pero no querían decirlo.

Lo curioso es que el fenómeno contagió a los ayudantes, quienes juraban haber oído también hablar al loco muerto.

Un día, a las once de la mañana más o menos, comentábamos esto con el médico interno en la galería que rodeando el patio del hospicio nos protegía del bravo sol estival.

De repente, bajo un tarro que cubría puesto boca abajo no sé qué plantitas exóticas, allí, a veinte pasos de nosotros, estalló sonora una frase. ¡La voz de Clinio Malabar!

Antes que volviéramos de la impresión, los locos acudieron aullando, como vacas al sitio de un degüello. Todo el personal se conmovió. Allá bajo él sol clarísimo, en el patio raso, bajo el tarro aquel, sonaba con las mismas frases que tanto conocíamos, la voz de Clinio Malabar. De Clinio Malabar enterrado hacía una semana, previa la más completa autopsia.

Los locos nos lanzaban miradas feroces; el personal tiritaba horrorizado y nosotros mismos no sé adónde hubiéramos ido a parar, si el médico, en un supremo arranque de energía, no vuela el tarro de un puntapié.

La voz cesó bruscamente, y sobre el cuadro mohoso que la boca del recipiente formara, apareció inscripto con tiza uno de los círculos de Clinio Malabar.

FINAMORA

Finamora fue una negrilla muy graciosa y vivaz, que a los quince años tuvo una aventura de amor como puede tenerla cualquier señorita blanca, puesto que fue con un lindo muchacho rubio.

Esta aventura es lo que me propongo contar, para gloria de Finamora, convertida hoy en una venerable negra, cuyo aspecto sugiere bastante bien la idea de un cuervo filosófico que tuviese ojos de búho.

Por los tiempos de mi relato, los tales ojos eran magníficamente castaños, de un castaño casi dorado que encendía con una luz lenta y cálida de verdaderas estrellas de crepúsculo la noche de aquel rostro: pues si bien se mira, la metáfora estelar habitualmente aplicable .a los ojos, es más exacta en los semblantes de las bellezas negras.

Bellezas negras, y no retiro la palabra, pues Finamora podía buenamente repetir como la amada salomónica del divino cantar: *nigra sum sed formosa.*

Y si no hermosa, bonita; como negra, se entiende. Tenía la piel finísima, las muñecas frágiles como una aristócrata, la cintura de típica flexibilidad, pies largos y angostos de *miss y* aquel fuego africano que la maduraba lánguidamente como la miel excesiva de un fruto tropical.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

¡Ah glorias de la risa de Finamora sobre sus dientes alegres en que tecleaba la infantilidad golosa de un cachorro silvestre! ¡Ah brincos elásticos en que se azogaban muecas de tití mimado, prolongando ondulaciones, que eran casi una cola! Ágil y bonita, una aurora representada en una palabra, todo lo que puede contener de grato una jícara de café.

Era mucamita de la niña Laura, una joven y elegante persona, que si bien afectaba ante el mundo la más pasmada frialdad de virgen distinguida, resultaba un demonio de malicia y de gracia espontánea en la intimidad, siendo también mucho más linda así; pero dicha intimidad no existía sino para Finamora, por razones de casi divino desnivel, y para su hermano el niño Ricardo, un colegial apenas menor de un año que la señorita, bien que mucho más ingenuo.

El hermoso caballerito, en emoción experimental de primera conquista, se había apoderado de Finamora que le correspondía amándole de todo corazón, sobre todo por aquella cabeza blonda cuyo encanto quimérico alteraba en ellas con angustias de sed, una temerosa puerilidad de servidumbres antiguas.

Guardaban de sus amores un secreto absoluto, que en Finamora venía del respeto complicado con el peligro inherente a las dichas increíbles, y en Ricardo era terror al ridículo de que su hermana le habría descubierto. La interesante Laura, ignoraba todo, sin embargo, a la perfección.

La mamá, aunque muy avizora e imponente como todas las viudas cuyo hijos varones entran en la adolescencia, concluía por no ver nada, a causa de tener los ojos eternamente abiertos. Y los besos de Finamora -sea dicho con la reserva de su negra ignominia- eran condenadamente buenos hasta lo insaciable en su gusto siempre incompleto, como granos de granada comidos uno a uno.

Las citas tenían lugar durante las noches hermosas de aquel amable verano, en el jardín que rodeaba la residencia ciertamente suntuosa de los señores.

Había inmediato a ella un lugar particularmente lóbrego en el centro de un ancho enarenado: un enorme estanque antiguo rodeado y techado por dos docenas de grandes árboles. El jardín no tenía sino una puerta que los amantes, una vez dentro, desquiciaban un poco para que crujiera advirtiéndolos; *y* con esto, *y* con esperar las noches oscuras, todo peligro quedaba conjurado.

En aquel estanque solían bañarse y hasta nadar un poco, tan largo era, Laura y Finamora; y bien que ésta adorase a su señorita, nunca había podido evitar un movimiento de dolorosa envidia, cuando veía sumergirse en el agua aquel cuerpo tan blanco que parecía aclarar el cristal oscuro como con el reflejo de una brillante nube. Sólo el recuerdo de sus amores en aquel sitio conseguía disminuir aquella amargura.

Una noche de cita, pues, aunque había luna ésta salía muy tarde, los amantes -eterna peripecia- dejáronse sorprender por el astro.

Estaban en lo mejor de una despedida interminable, cuando de repente cayeron como otras tantas sentencias de juicio final, estas palabras desde el balcón de la señora:

-¿Qué haces ahí, Ricardo, a estas horas y con este rocío?

Ricardo daba la espalda al balcón, justamente en el único claro que dejaban dos árboles sobre aquel brazo del edificio, y un rayo de luna bañábale enteramente.

En cambio Finamora ya bajo la sombra de los gajos, no había sido vista como lo indicaba la pregunta de la señora. Así es que el muchacho, aunque con la voz muy demudada, pudo contestar:

-Estoy pescando anguilas, mamá. Sólo de noche salen.

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-¿Anguilas? -repuso la voz espantable-.

¡Qué curioso! Nunca lo había oído. Aguarda que voy a ver.

-¡Con este rocío, mamá! -agregó el terror infinito por boca del enamorado.

-Estoy sin sueño esta noche y hace un calor espantoso; qué me va a suceder.

Y entonces la amenaza se volvió formidable.

Finamora debía huir, esto era evidente. ¿Pero cómo hacerlo por el enarenado que la luna bañaba ahora...?

Entonces el buen amor hizo su acostumbrado milagro.

La negrilla miró un instante los árboles que aclarados también de luna no servían para escondites. Luego, en súbita resolución, despojóse de sus dos únicas prendas, el batoncito de zaraza y la camisa, y tras un ahogado "Tome, niño, guarde", se escurrió como una anguila en las aguas oscuras hasta ganar el extremo opuesto del estanque.

En ese momento crujía la puerta.

-Habría jurado que veía otra persona contigo -dijo a poco la señora llegando al lado del muchacho.

Nadie sabe lo que éste contestó ni cómo pudo explicar satisfactoriamente la leyenda de las anguilas. Con su lengua paralizada y su corazón humillado hasta romperse bajo el bollo de tibieza, que le formaban las ropas de Finamora. Lo cierto es que muy luego convenía con mamá en que estaba muy húmedo, que lo de las anguilas debía de ser un cuento, y que era mejor recogerse.

¡Ah, cuando crujió otra vez la puerta, cómo se puso recién a temblar en el agua sombría el negro cuerpecito de Finamora, y cómo vio ésta de bien que nada debía envidiar a las carnes marmóreas de su señorita!

Ella habría sido descubierta sin remedio en esas tinieblas fluidas que la negrura de la enamorada mucamita no accidentaba lo más mínimo y que una excelente mata de berros había contribuido a espesar, ensanchando en mancha inverosímil la protuberancia de la cabeza lanosa. ¡Ah, Dios mío, qué bueno era ser negra, y cómo había estado inquietándola durante su inmersión, un círculo que movía lentamente las aguas sin acabar jamás, en torno de su cuerpo!

Todo pasó así, sin otro sobresalto que una confidencia de Laura, la mañana siguiente, a Finamora que la calzaba:

-¿Sabes, Finamora? Ricardo ha descubierto anguilas en el estanque.

Fue una suerte que Laura usara el zapato tan estrecho, para atardarse en la tarea sin levantar la vista; pero Finamora se quedó siempre con la espina que la señorita había puesto en aquella frase de candor, quizá demasiado perfecta, una segunda intención.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com